

PRO-ZOLA

NÚMERO ÚNICO



MONTEVIDEO

IMPRESA Y LITOGRAFÍA «LA RAZÓN»; CALLE CÁMARAS, 54

1902



Precio: \$ 0.10.

PRO-ZOLA

NÚMERO ÚNICO



EDITADO POR EL CENTRO INTERNACIONAL DE ESTUDIOS SOCIALES

CALLE RÍO NEGRO, NÚMERO 274

PRO-ZOLA

Germinal

EMILIO ZOLA

Ciudadanos:

Una catástrofe horrorosa acaba de estremecer al mundo civilizado. El cerebro más poderoso de nuestros tiempos, el apóstol más abnegado y más valiente que el Pueblo se enorgullecía de contar entre sus defensores, ha dejado de existir, arrancando de la vida de un modo espantosamente trágico.

Nos esforzamos—para no pasar por fanáticos—en no creer que el torvo espíritu del Crimen armó la mano inicua de la Traición para asesinar al Maestro, pero nos es imposible pensar que fué la Fatalidad ó los designios de un algo inconcebible la que descargó sobre aquella frente ciclópea, el peso de la muerte.

Para más tarde queda el obrar en consecuencia de lo que la Verdad,—esa buena diosa inspiradora del Maestro—ha de mostrar al Sol. Por ahora, dejemos caer espontáneas las lágrimas que tan gran desgracia nos arranca.

Guardemos nuestras santas iras para más tarde que si hay que emplearlas en vengar un crimen innominable, ellas serán más poderosas, más tremendas, más implacables.

Lloremos por ahora... Lloremos con el Pueblo, el hondo dolor de un vacío irremplazable. Ha caído el más fuerte, el más justo, el más bueno de sus defensores...

Solo, en medio de la carcoma de una sociedad agonizante, irguió su figura gigantesca de gladiador invicto de la Idea, para empuñar la espada de la Justicia en defensa de los aherrajados por la Infamia, en defensa de los miseros, de los caídos.

Destruyó un mundo de podredumbre, para crear un universo de luz, una ciudad de Amor... Y erigió su ciudad de Amor y de Paz, donde la Justicia colocará en un porvenir próximo, á los que han sufrido

mucho, á los que han sido explotados por el pulpo monstruoso de la Sociedad capitalista...

Lloremos al gran corazón que encerró los latidos de toda la Humanidad doliente y martirizada... Por su cerebro poderoso pasaron todos los estremecimientos de angustia que hicieron vibrar el alma del Siglo, y de su cerebro salieron convertidos en obras llenas de amor, chispeantes de luz, esas obras que evidenciaron el martirio del viejo Pueblo agobiado por todos los crímenes y todas las abominaciones de los poderosos...

Y desentrañó todas las infamias, y hundió su bisturí de cirujano del Mundo en las purulentas úlceras de la Sociedad gangrenada, y cortó con mano implacable todas las excrescencias enfermas que como una flora monstruosa brotaron en el seno de la Humanidad durante el transcurso de la Historia...

Y luego, cuando aquel formidable destructor de mundos terminó su obra colosal de demolición, se irguió sobre los escombros y comenzó su obra de constructor...

Y su nuevo mundo fué una creación maravillosa de lógica y de belleza porque tomó como materiales para la cimentación, todo el Amor, toda la Justicia, toda la Ciencia de los hombres. Fué la reconstrucción de la legendaria Edad del Oro, á la que deben volver los seres impulsados por el Amor universal, por la eterna ley de la Armonía que hace mover á la molécula y al Cósmos, al Hombre y á la Humanidad...

Y en esta sociedad de su ensueño, es donde él quería colocar al Hombre.

«El Hombre libre en la sociedad libre; pura y sencillamente en la Anarquía». Esto dijo el Maestro.

Emilio Zola fué un apóstol, un precursor y un sabio, y fundó su apostolado y su profesia, sobre las bases incommovibles de su saber, que lo abarcaba todo... Por eso sus visiones del Futuro no son las re-

peticiones de los viejos sueños de los Campanella y de los Moro. El porvenir realizará sus profecías. El legado del Maestro es un tesoro inapreciable que el hombre ha de bendecir eternamente.

Por eso, la obra de Zola será inmortal.

Lloremos al apóstol del Trabajo, de la Verdad, de la Justicia!

EL CENTRO INTERNACIONAL, Y
demás agrupaciones libertarias.

Pro-Zola

FUÉ EL MAESTRO DEL ALMA HUMANA

Está á mi cargo el simpático cometido de efectuar con unas cuantas palabras la apertura de este acto literario, cuyo significado es ya conocido. Un acontecimiento luctuoso que, como un girón de sombra, ha recorrido el mundo intelectual contemporáneo, poniendo en cada corazón un sentimiento de intenso dolor, acaba de conmover á la Francia: Emilio Zola, el preclaro escritor de alma de artista, ha muerto, y, ante esa muerte inesperada, todas las frentes conscientes se han inclinado en un expresivo y elocuente saludo de condolencia mundial.

Y ésto se explica.

Como intelectual, Zola fué, para los humanos que algo leen y piensan, el luminoso meteoro que pasó... dejando entre ellos un hermoso reguero de luz: sus ideas. Por eso, ante esa expresión humanitaria de un gran talento que ahora ha caído fulminado por la muerte, es que la agrupación libertaria del Centro Internacional de Estudios Sociales ha creído una necesidad el asociarse á las manifestaciones condolentes de todos los buenos, y, para dedicar un sentido recuerdo á la memoria del ilustre autor de los Rougon-Macquart, organiza la presente velada literaria, uniendo, á la roja enseña de sus ideales, los fúnebres enlutamientos de sus tristezas por el tronchamiento prematuro de la existencia del colosal compañero, que desde allá, desde trás las verdes arboledas de Medan, esparcía, por el mundo todo, sus mismas doctrinas de confraternidad universal, de verdad y de justicia.

No es aquí mi cometido disertar ampliamente, como yo quisiera hacerlo, sobre la actuación intelectual del querido novelador, de quien mucho tendría que decir. Pero sin embargo rápidamente, como al pasar, también dedicaré al ilustre muerto mi saludo, diciendo que, intransigente innovador, como soy, de las cuestiones artísticas, sociales y científicas, he gustado con verdaderos refinamientos de sibarita, del exquisito ambiente revolucionario que nace de algunos de sus libros y he admirado, con ardiente entusiasmo, el augusto se-

ño de soberbia rebelión que brilla magnífico y altanero en la frente de muchos personajes de sus novelas.

...De aquel Claudio, de «La Obra», genio original y creador que revolucionó el arte pictórico y que, como un rayo de sol, pone en sus cuadros el colorido y la luz, las dos grandes verdades de la naturaleza, para arrojarlos luego, como un cartel de desafío, a la burguesía artística de las exposiciones, que los critica, los declara malos, los rechaza, llevando, como llevan ellos, los burgueses del arte, hasta sus juicios, su escaso ó nulo criterio de mediocridades de cerebros vacíos. Y genial artista que después, en un triste desbordamiento de su genio, en la locura, todo lo desfigura, lo hace grotesco é informe, y que más tarde, ante la suprema irrealización de «su obra», lo desprecia todo, mujer y vida, y se inmola al arte, se ahorca frente á su cuadro imposible, en una pálida y fría mañana de invierno...—De aquel Esteban, de «Germinál», que vá al «país negro» de las minas y forma con los obreros del Voreux una gran bandera de miseria y de dolor, para agitarla ante la faz de los explotadores del trabajo como una valiente enseña de rebelión, de derecho y de justicia...—De aquel viejo sabio, del «Doctor Pascal», que se rebela gloriosamente contra la muerte y procura hallar el inapreciable elixir de la eterna vida, y que al fin no acierta á dar otra solución á su gran problema que el hecho natural de enjendrar en el vientre de una mujer joven y fuerte un nuevo ser...

Después de los Rougon-Macquart, esa obra gigantesca de veinte volúmenes, que como un hermoso «semillero de soles» brillan en el cielo de la literatura moderna, viene la serie de las «Trois Villes», las tres ciudades, la ciudad de la fé, «Lourdes», la ciudad de la religion, «Roma», y la ciudad de la inútil caridad, «Paris». Y en estos tres libros la piqueta anárquica y demolidora del Maestro socaba y derrumba:—derrumba primero siglos y siglos de esclavizante fé, de hondo fanatismo; descubre después todas las falsías y bajas ambiciones de una religion ya carcomida, que tiende á desaparecer en el abismo... de todas las religiones, y por último, frente al Paris miserable y pobre, que arrastra una mísera existencia en buhardillas azotadas por el hambre, sin calor ni luz, nos demuestra que algo más que la caridad necesitan aquellos ejércitos de desheredados y de parias, y, como un soplo vigorizante de los pueblos que sufren, pasa por ese libro sublime la idea grandiosa de la revolucion y de la redención social.

Aparecen los «Evangelios», y la pluma maravillosa del Maestro entona un himno magistral á la propagación de la especie, á la eterna fecundidad de los pueblos;

y cuando aun resonaban en nuestros oídos los llantos primeros y pasaba por nuestros ojos la visión encantadora de la primer fugaz sonrisa de los niños que nacen del vientre fecundo de Mariana, viene á la vida de las letras el más hermoso de los poemas que han tenido los siglos como manifestaciones del pensamiento humano, y poema cuyas estrofas armoniosas é inmortales traen entretejidas en sus bellezas la realización del futuro, la ciudad ideal, blanca y alegre, rebosante de libertad, de paz y de amor.

Y cuando tras fatigante labor legaba al mundo su «Verité», magnífico sol que con sus rayos espantará lejos las últimas sombras de una noche social denigrante y religiosa...; entonces, decia, el Maestro cayó, cayó fulminado por la muerte implacable y cruel, celosa, quizás, de la inmensa vida de sus obras. Pero el Maestro cayó como caen los árboles gigantescos de los bosques seculares: despues de haber dado sus flores y sus frutos y haciendo estremecer con su caída la selva entera. Y las semillas de sus ideas se esparcieron por las tierras del nuevo ideal; y ahora innumerables almas nuevas germinan al calor de sus pensamientos brillantes como soles y fecundos como la vida. Y en medio de un silencio letal, que en la naturaleza es anunciador de las grandes tempestades, legiones y legiones de almas nuevas se preparan á esparcirse sobre la faz del universo y á demoler todo lo arcaico y viejo del mundo, al son de la vibrante y entusiasta clarinada de la destruccion.

ANGEL C. MIRANDA.

Á Zola

Zola: Tu nombre suena en las albricias
De un futuro de hermosas libertades.
Es breve como todas las justicias,
Es rudo como todas las verdades!

Tu nombre es como un sol, que resplandeca
En una noche horrible de amarguras:
Por eso sí te nombro me parece
Que un latigazo estalla en las alturas!

Fué tu pluma una lanza de pelea,
Y tu fuiste un Quijote al manejarla:
La Verdad fué tu tierna Dulcinea,
Y todo lo sufriste por amarla.

Tus palabras de paz fueron un manto
En el que los humildes se escudaron,
Por eso ayer las perlas de su llanto
En corona de amor tu sien rodearon.

Hay en tu obra un mundo aprisionado,
Colosal monumento de la Vida:
Donde el justo triunfa emancipado,
Alta la frente, donde el bien anida.

Con «Lourdes» se humillaron á tus plantas
Las mil supersticiones del presente:
Es la Ciencia tu fé, con ella cantas
Un himno á la Natura omnipotente.

«Roma» es el canto funeral que inspira
La vieja religion que se derrumba:
La tradicion con Boccanera espira
Y su orgullo es la lápida en su tumba.

«Paris» es el triunfo del progreso,
El sublime poema del futuro,
De un mundo corrompido es el proceso
Y es, al ser justo, inexorable y duro.

«Fecundidad» es la luz, es la mañana:
La aurora del amor regenerado:
Que es el vientre fecundo de Mariana
Como un astro brillante, immaculado.

«Trabajo» es la igualdad: es la victoria
En la lucha suprema del obrero,
Que arrogante se alza de la escoria
Y rompe el yugo odioso del dinero.

«Verdad» es anatema formidable
Lanzado contra toda la canalla:
Marcos es el apóstol admirable
Que vence al fin en la feroz batalla.

¡Oh, Maestro! Es tu obra una esperanza:
Son tus libros triunfos soberanos,
Y si en ellos hay rayos de venganza
Irán tan solo á fulminar tiranos.

Zola: Tu nombre suena en las albricias
De un futuro de hermosas libertades.
Es breve como todas las justicias,
Es rudo como todas las verdades!

ENRIQUE CROSA.

18 Octubre 1902.

Á los obreros

Yo no soy obrero. Sin embargo, me siento feliz de encontrarme entre vosotros contribuyendo con mi humilde concurso al acto que esta noche celebráis en memoria del escritor francés á quien acaba de sorprender la muerte en la senda luminosa de sus mayores triunfos en la vida.

Bien haceis en congregaros en este recinto, donde tantas veces ha resonado la voz vibrante de la protesta humana, para deponer ante el recuerdo del gran Zola el tributo de vuestras más profundas, de vuestras más justicieras emociones. Y haceis bien porque la obra de Zola, animada toda ella por el soplo vigoroso de un honrado sentimentalismo, ha encontrado en vosotros sus más sinceros admiradores, ya que en vosotros habia encontrado el gran escritor el asunto feliz de su más perdurable propaganda. Amigo vuestro, defensor valeroso de vuestros derechos y de vuestras aspiraciones, bien merece que en la hora de su muerte sinteticeis en una demostración amplia de admiración y de cariño, toda la admiración y todo el cariño que sus obras despertaron en vuestros cerebros y en vuestros corazones.—Por eso he venido gustoso á acompañaros en este acto de justicia póstuma, y por eso os vi complacido formar parte del mitin silencioso que recorrió el otro día algunas calles de Montevi-

deca. Y ya que el recuerdo de aquella manifestación acaba de cruzar por mi memoria, permitidme algunas reflexiones que a esa manifestación se refieren.

Sé que algunas personas, que se dicen admiradoras de Zola, se abstuvieron de asistir a ese acto en la creencia temerosa de que asumiría el carácter exclusivo de una demostración de obreros. Pues bien, los que esa actitud tomaron, han hecho bien en abstenerse: así, al menos, se han evitado el ridículo de una actitud forzada e hipócrita; porque mal podían prestar sincero homenaje a la memoria de Zola quienes abrigan ideas tan contrarias a las que él defendió, y cierran tan celosamente su espíritu a las rachas de fraternidad y de altruismo que su genio poderoso destacó sobre las generaciones del presente desde las alturas olímpicas de los «Cuatro Evangelios».

Manifestación obrera fué, se puede decir, la manifestación efectuada. Había, es cierto, algunos centenares de jóvenes intelectuales: de estudiantes, de artistas... pero el núcleo principal de la columna estaba compuesto por esa masa de trabajadores conscientes cuya fuerza renovadora se hace sentir ya en el seno de nuestro organismo social, y de cuyas energías despertadas en la lucha (cada vez más tremenda) por la vida, tanto esperan los que, como Zola, cruzan el presente con el alma llena de la nostalgia alucinadora del porvenir vivido en sueños.

Y si podemos asegurar que casi fuisteis solamente vosotros quienes acudieron a cumplir con ese deber de justicia al luchador caído, no debemos extrañarnos de que haya sucedido así, porque fuera de vosotros pocos son los que aman a Zola con intensidad suficiente como para sacrificar unas cuantas horas de recreo social a la molestia de una demostración en público del afecto admirativo que muchos aseguran profesarle.—En una de las reuniones que celebró la Comisión de la Juventud organizadora del mitin, uno de sus miembros, contestando a la reflexión de que si se postergaba el acto, sería fácil que resultara deslucido, porque después de quince días habríase desvanecido en el público gran parte de la impresión de duelo causada por la muerte del novelista, exclamaba:

—Si el recuerdo de los grandes hombres no ha de perdurar más allá de quince días, ciertamente, no vale la pena ser gran hombre!...

El que esto dijo y algunos de los que apoyaron sus palabras en el seno de la comisión, dejaron de asistir al mitin por ir a las carreras. Cuando los vi volver, muy orondos en sus carruajes descubiertos, me vinieron a la mente aquellas mismas palabras, y hubiera deseado acercarme a ellos para decirles:

—Si el recuerdo de los grandes hombres, no ha de ser nunca bien capaz de decidir el sacrificio de una diversión hípica, cier-

tamente, no vale la pena ser gran hombre!...

El mitin, aunque menos numeroso quizá que la mayoría de los que aquí suelen efectuarse con cualquier motivo, fué una hermosa exteriorización de amor del pueblo hacia la memoria del ilustre, porque allí reinaba hondamente la exaltación del afecto proclamado.—Los que dejaron de ir, sea por la causa que fuere, si bien hubieran aportado el contingente del número, no hubieran aportado un solo átomo de mayor sinceridad al sentimiento que movía a esa multitud silenciosa a través de las calles de la población.

Los mejores amigos del escritor francés estaban allí, porque allí estabais vosotros, y nadie mejor que vosotros para imprimirle al mitin efectuado el carácter de sincero homenaje que quizá no hubieran podido imprimirle aquellas personalidades decorativas en quienes pensó algún miembro de la comisión, ni aquellos jóvenes intelectuales que se quedaron en sus casas por no formar parte de una manifestación compuesta, casi en su totalidad, de obreros.

El disgusto que a algunas personas les causó la decidida participación que en el acto tomaban los obreros, se explica, pero la explicación no deja muy bien parados el razonamiento y las intenciones de los que experimentaron tal disgusto. Querían tributarle a Zola un homenaje, más que nada, mejor dicho puramente, de carácter burgués!—Poco importaba que Zola hubiese proclamado en sus últimos libros el advenimiento de la nivelación social; poco importaba que Zola, el gran Zola, hubiese atacado al capitalismo y hubiese defendido en páginas inmortales el derecho a la felicidad de las clases productoras: para muchos, para los que no alcanzan a comprender lo que la obra del gran novelista representa, los proletarios, si no estaban demás en el homenaje que se le tributó, tampoco eran indispensables!

Pretender que sea digno del gran escritor un acto público del cual quede excluido el elemento obrero, es suponer que habría de ser digna de Garibaldi una manifestación a la que no pudiese adherirse el elemento liberal. No sería necesario exagerar mucho ese criterio para que él nos permitiera rezar misas por el alma de Mazzini y llevar en procesión, entre cirios, la imagen de Voltaire..

Nada más digno del luchador cuya muerte lamentamos, que una demostración de trabajadores, porque vosotros, que aquí fuisteis, si no los únicos, los que más os ocupasteis en honrar su memoria, sois también los que más derecho teneis a figurar en una demostración pró-Zola. Nadie puede sentir más intensamente que vosotros la pérdida de aquel batallador, porque por vosotros fulguraba potente la idealidad de su cerebro honrado, y en vosotros había reconocido él la fuerza nueva que empujará a la humanidad hacia las futuras y sacro-

santas reivindicaciones. Eran los obreros, y casi se pudiera decir que únicamente los obreros, los que le rodeaban en Francia cuando con el gesto altivo de un redentor, se alzaba contra todas las supersticiones y todos los prejuicios para arrancar de las garras del antisemitismo la víctima expiatoria de un odio regresivo de raza. Eran los obreros, erais vosotros, los que estuvisteis de su lado y los que le sostuvisteis contra los ataques de la reaccion poderosa; y hacia vosotros volvió él sus ojos agradecidos, comprendiendo con más intensidad que nunca en ese instante supremo de la lucha encarnizada por el ideal, que en vosotros latía el impulso valiente que habria de empujar á la sociedad por la senda de luz de las redenciones finales, y que erais vosotros la fuerza viva del porvenir engendradora de una floracion victoriosa que brotará de todas vuestras angustias, de todos vuestros afanes y de todas vuestras ansias de justicia!—Para vosotros y por vosotros construyó él los más fuertes pilares de su obra, que lo confirmaron indiscutiblemente en el rango del primero de los luchadores de estos últimos tiempos, á él, que ya habia conseguido ser el primero de los novelistas. La tendencia revolucionaria de «Los Cuatro Evangelios», completando la ascension del espíritu libre á través de «Germinal» y de «Las tres ciudades», os demostró acabadamente que era toda vuestra esa gran alma pensadora que os ofrecía su apoyo en la lucha que venís sosteniendo en pró de los ideales igualitarios; y bastarian las páginas de «Trabajo» para llenar vuestros corazones de gratitud hacia el que tan bien supo comprender la razon y la magnitud de vuestros esfuerzos libertadores en el seno de una sociedad que os es ingrata.

Dreyfus, salvado como un símbolo de fraternidad universal por sobre las corrientes tempestuosas de una infamia política, dió á Zola la ocasion de sacrificarse por ideas que eran las vuestras, y es por eso, y es por la semilla de rendición arrojada al fecundo surco de la idea desde las páginas de «Germinal» y de «Los Cuatro Evangelios», que os honrais á vosotros mismos honrando la memoria del insigne escritor.

Nada más digno de Zola que el homenaje que se le rinde esta noche.

La sinceridad del homenaje al luchador caído por parte de los que no quieren honrarle sino alejados de los proletarios, es muy discutible...

Las novelas del inmortal artista tendrán muchos admiradores entre los que no son obreros ni miran con simpatía los esfuerzos encaminados hacia la reforma social; pero creo no equivocarme al afirmar que, por muy intensa que sea la admiracion artística provocada en ellos por los libros del escritor francés, los reaccionarios, en el fondo, nunca le perdonarán á Zola el ha-

ber proclamado en muchas de sus páginas la justicia de la revolucion.—Es que aquella mente excelsa llegó á remontarse en la esfera de las ideas morales á una altura hasta la cual se resisten á seguirlo los que, aferrados al mástil de la reaccion, tratan de sustraer al aletazo de los vientos nuevos los últimos girones de los principios retrógados.—Es que Zola, si bien puede ser para ellos un artista admirable, siempre ha de ser uno de sus más temibles enemigos. Todos sabemos que pocos han hablado con tanta elocuencia como él de la fraternidad universal, de la igualdad futura, de la justicia vencedora y de la verdad en marcha!...

He aqui por qué me teneis esta noche entre vosotros, dedicando mi humilde concurso á esta ceremonia edificante del sentimiento popular que, irradiado por nuestros espíritu, va á detenerse como un glorioso rayo de sol sobre el recuerdo inmortal del paladin que fué.

He aqui por qué, tan sincero como vosotros, levanto el estandarte de mis afeciones entre los estandartes de las vuestras, dejando que una misma ráfaga conquistadora los haga palpar á todos en el estremecimiento de una ondulacion común; y he aquí por qué, en el recinto donde tantas veces ha vibrado la voz de la protesta humana, hago resonar mi voz, yo que no soy obrero...

EMILIO FRUGONI.

Zola

En la Obra de Zola vive y palpita una época, con sus degeneraciones y desfallecimientos, con sus esperanzas y sus aspiraciones. La masa de sus «lectores» solo supo admirarle como novelista interesante; los «estudiosos» han podido descubrir en su vasta obra, intensa y fecunda, al pensador que supo reflejar en el gigantesco ciclo de sus producciones todo el momento sociológico contemporáneo. Hay en ella una parte de análisis destructivo y otra de reconstruccion positiva.

En la primera la sociedad contemporánea es disecada con fina intuicion sociológica, analizándose las condiciones determinantes de nuestro medio social. Y sobre ese escenario se mueven y palpitan todos los tipos degenerativos que resbalan á la criminalidad, ya sean los pasionales como Teresa Raquin, ya los amorales congénitos como Jacques Lantier.

La segunda parte, que nos quedará incompleta, es una vasta profecía que edifica sobre los vicios y las miserias de la presente organizacion social, marcando rumbos y estimulando esfuerzos hacia una elevacion del bienestar medio, moral y material, de las multitudes miserables. Zola puso su genio al servicio de

los más bellos idealismos y de los más generosos anhelos de reforma social.

Su Obra será, en todos los tiempos, una página de historia de la decadencia burguesa, que podrán compulsar con provecho los historiadores y sociólogos del porvenir; los hombres que en ellas se mueven son documentos humanos que mostrarán, en todas sus fases, la psicología mórbida de los numerosos anormales que pulularon en el ambiente social contemporáneo, caldo asaz propicio á su germinación.

La psicología de esos personajes ha si-

do objeto de estudios analíticos por parte de numerosos hombres de ciencia. También nosotros hicimos, sobre algunos de ellos, un modesto ensayo, á lo que debemos el placer—un tanto fetichista, quizás,—de poseer el autógrafo que acompaña á estas líneas.

Para los literatos y estetas, Emilio Zola, intérprete del «Arte social» en su más alta concepción, no debe ser un ídolo sino un ejemplo.

JOSÉ INGENIEROS.

Nous sommes José Ingenieros

Avec mes bien vifs re-
merciements et l'assurance
de toute ma sympathie.
Emile Zola

Emile Zola
Rue de Dameselles 29

La obra del Solitario

LEÍDO EN LA VELADA PRO-ZOLA, VERIFICADA
EN EL CÍRCULO INTERNACIONAL LA N. CHE
DEL 18 DE OCTUBRE DE 1902.

Resignémonos. El Arte, ha perdido á su más grande paladín. El Pueblo, á su más poderoso aliado. Cayó cuando se apres-
taba á dar su último golpe de piqueta á esta sociedad tísica y envilecida. No pudo darlo... No importa! Nosotros lo daremos!

Ahora, nuestro deber consiste, en hacer constar á los ojos de la Humanidad, que el maestro se ha ido, dándonos la mano, y legándonos su obra. Zola ha sido un anarquista.

Las obras del Maestro no se pueden examinar una por una, sino todas en conjunto. Trabajo ímprobo, casi imposible, sería el de examinarlas particularmente. A lo más, podríanse hacer tres grandes divisiones: *Los Rougón Macquart*, *La Trilogía* y *Los Evangelios*.

Los Rougón-Macquart es la Demolición.

La Trilogía, la Reconstrucción. *Los Evangelios*, la Profecía.

Conjunto anonadador que pasma de admiración, obra colosal que no se concibe sin verlas, que no se la puede mirar en toda su magnificencia, si no se tienen dos buenos ojos en los que chispee la llama de un ideal de Vida y de Amor...

La sociedad contemporánea no albergó en su seno un cerebro de revolucionario más poderoso, más vasto, más lógico que el de Emilio Zola. Jamás recibió piquetazos tan demoleedores como los que partieron del brazo de cíclope del Maestro. Los veinte tomos de los *Rougón Macquart*, son otras tantas etapas de la gran jornada de la Demolición. Y fué en esta jornada de lucha titánica, que dió al traste con el mundo podrido, que aún, con uno de esos últimos apretones de espasmo agónico que los moribundos dan antes de dejar la vida, nos estrecha entre sus monstruosos brazos.

Y de nada se olvidó aquel poderoso demoleedor. Capitalismo, Religión, Autoridad, Patria, Militarismo... todas estas entidades siniestras, que como hienas fa-

melicas, ávidas de sangre, devoraron á la Humanidad en el transcurso de infinitos siglos, quedaron pulverizadas bajo la triturante pluma del pensador insigne.

Hizo suyo el gran pensamiento de Corderoy: «Demoled, demoled siempre, que la Reconstrucción será más fácil que la Demolición... Y él, demolió, demolió siempre... A nadie perdonó. El Solitario no tenía más que una amiga, esta era la Verdad, y solo respetó á ella, que lo guiaba en la vida, que lo lanzó á las más heroicas audacias.

Con ella al flanco, pasó por el viejo mundo de crímenes y de infamias, fulgurante y soberbio, como un rojo dios de ira y de venganzas, exterminador de imperios sacrílegos. El viejo mundo tembló, al sentirse aplastado por su formidable planta de vencedor, y los frágiles pilares de la sociedad, se desmoronaron bajo el glorioso peso de sus talones de héroe.

En *Germinal*, lanzó el candente anatema de odio, contra el capitalismo desangrador, egoísta y feroz, que vive de los dolores del pueblo, bebiendo el sudor de sangre que el martirio del trabajo maldito arranca á los sin pan. Quizás fué en esta obra potente, la más potente de los *Rougon-Macquart*, que el Maestro simbolizó el triunfo de los miserables, de los harapientos, en aquel lúgubre oriflama que empuñaban las mujeres de Montson. Bandera siniestra y simbólica, donde brillaba, pequeño pero horroroso, un girón sangriento de cuerpo humano, la virilidad de un violador de vírgenes plebeyas, que habían doblegado el blanco torso, bajo la lividez terrífica del hombre...

En *L'Assomoir*, la obra más moral de Zola—como él mismo lo dice—arranca miembros él, el Maestro, para sacar á la luz todas las lacras, todas las pústulas virulentas, ocultas en los bajos fondos sociales, y muestra todo el envilecimiento, todo el horroroso pantano de abominaciones en que está hundida el alma del Pueblo, empujada á ese estado por la desigualdad social. Esta obra es un fulminante apóstrofe lanzado, no al rostro del pueblo, como muchos han pretendido—pues el Maestro bien sabía que el pobre Pueblo no es el culpable de sus dolores—sino á la faz cínica de una burguesía degradada hasta los tuétanos, de una estirpe de rufianes de levita, por cuyas venas corre la sangre cruzada de todas las castas de decadencia.

La Débâcle es el canto de muerte de la guerra, que cruza, al son macabro de sus huesos, toda la extensión de la patriotería Francia, fecundada con la sangre de millones de víctimas inocentes, millones de brazos arrancados al trabajo glorioso y útil, creador de felicidad y de vida...

De cada tomo de los *Rougon-Macquart*, sale un soplo impetuoso de la soberana violencia de la Verdad. Ningún ídolo,

ningún fetiche, erigido por la Ignorancia humana, fué respetado por la sagrada furia de aquel iracundo iconoclasta...

Y toda esa vasta obra de violencia, toda esa formidable arquitectura de guerra, planeada y creada pacientemente con un método rigurosamente científico, es el legado que nos ha hecho á nosotros los anarquistas, el gran Emilio Zola.

Zola ha sido un anarquista como nosotros. Aunque él no lo hubiera declarado, nosotros no dejaríamos de estimarlo como á tal.

.

Hemos visto al libertario de acción, en su obra de destrucción social. Veamos ahora al precursor, al anarquista que construye sobre bases incommovibles, los cimientos de la Sociedad Futura.

Después de haber destruído á sangre y fuego, toda la vetusta armazón de la sociedad actual, Zola quiso edificar el nuevo mundo, la tierra de ensueño, en la que reposarán los hombres unidos, después de la gran batalla en que se acabará con los últimos restos de la Tiranía.

Y comienza la gestación de ese mundo. El espíritu humano—simbolizado, en *Lourdes*, *Roma* y *París*, por el abate Pedro—después de buscar anhelante su tranquilidad, su reposo, su bienestar definitivos en la Fe; después del peregrinaje doloroso á el fin del cual espera que la Religión fande en la Tierra, después del largo martirio humano, el imperio de la Felicidad, reniega de las ataduras esclavizadoras de lo Sobrenatural, desengañado de la Divina Esperanza, y lánzase á la lucha social, á la batalla franca, abierta, de resultados positivos, con la Verdad—esa prisionera de la Fé—por arma y con la Justicia como Ideal supremo...

El buen abate Pedro Froment, el sacerdote puro, lleno de vida y de amor, sediento de justicia, esfuerzase por tener fe, esperando que la Religión, podrá satisfacer la grande y justa hambre de dicha, que martiriza a los hombres. Pero es en vano. Primero, observa en Lourdes el Fanatismo de las masas, estafadas miserablemente por vividores de sotana; después, en Roma, ve la corrupción degradante del clero, las criminales intrigas de que se valen los ministros de la Fe para anonadar una humilde obra, obra humilde y sincera que solo pedía un poco mas de Justicia, un poco mas de felicidad, un poco mas de amor para los que carecen de todo esto... Y luego en París, cuando solo le queda, como esperanza vaga la Caridad, vé de repente toda la mentira desvirgonzada y odiosa que esta palabra representa. Entonces, quitándose la sotana, se lanza á la lucha abierta y franca contra todo lo malo. El buen Pedro, ve que es necesario que á la fuerza brutal y cínica, hay que combatirla con la fuerza inmortal de la

Razón, con la luz deslumbradora de la Ciencia. Las religiones han de caer pulverizadas, bajo la inclemente violencia de las ideas nuevas surgidas del maridaje libertador de aquellas dos formidables potencias. El mundo, después de haber sido destruido hasta sus cimientos, ha de ser reconstruido sobre las inalterables bases de la Justicia, de la Igualdad, del Amor... Justicia, para que nadie sea insultado por la prepotencia brutal del Estado, para que haya pan para todos... Igualdad, para que no haya mas clases sociales, generadoras de odios y de crímenes, para que desaparezca el dinero, causante de todos los males... Amor, para que la Humanidad forme una sola raza, una sola patria, una sola clase, unida con los vínculos estrechos de la Solidaridad; para que forme una sola familia, risueña y feliz ante un único hogar, clareado por la sonrisa triunfal de un sol de Libertad...

Este es el «sueño altanero y puro de la Anarquía», como dice el Maestro. Destruir, destruir para reedificar... Este decrepito mundo, agonizante en medio de sus crímenes, con todo el secular horror de la inícuca desigualdad, con todo su ejército de privilegiados, que como hordas de salteadores se han echado sobre el pueblo para robarlo y envilecerlo, debe de concluir, de un modo ó de otro, debe de caer despedazado por el impulso victorioso y bello de lo nuevo...

* *

Y vienen *Los Evangelios*. Y aparecen, como arcángeles de paz, envueltos en un nimbo de gloria, los héroes legendarios, que resurgieron, jóvenes y bellos, del polvo de la antigüedad bíblica, para construir blancos imperios de amor. Y surge, en una azulada esfumación de ensueño, la feliz Beauclair, chispeante como un astro, lanzando al vasto imperio del éter, las torres humeantes de las catedrales del Trabajo, mientras reposa, como buena diosa de paz y de justicia, en medio de la regia pompa de sus jardines llenos de flores, acariciada por un largo y vivificante beso del Sol...

El sueño del severo Moro, la audaz profecía del austero Campanella, la nebulosa é ideal teoría del aristocrático Platón, son sueños locos é imposibles. Solo será real la mágica evocación de la Sociedad futura, pintada por el Maestro. Ella es la ciudad ideal profetizada por los apóstoles de la Anarquía, la comunidad libertaria, armónica y feliz, desarrollando sus fuerzas que se traducen en una floración maravillosa de obras de arte, de industria, para el bienestar social, para la sana alegría de todos los hombres, unidos en un eterno abrazo de fraternidad...

En la obra de demolición, Zola fué anar-

quista. En la obra de construcción, también lo fué. Toda su obra de pensador y de sociólogo, fué, pues, para el Pueblo.

* *

Ved, ahora, para quien fué su obra de arte.

Habla el Maestro, por boca de uno de sus personajes:

«El pueblo necesitaba de belleza para ser sano y fraternal. Un pueblo satisfecho no podía ser sino un pueblo armonioso é inteligente. Todo en él y en torno de él debía recordarle la belleza...

Y la creencia en el arte aristocrático era una imbecilidad. El arte mas vasto, más conmovedor, más humano, ¿no es taba acaso cifrado en la mayor vida posibles? Cuando la obra estuviera hecha, tomaría una emoción, una grandeza incomparables, la inmensidad misma de los seres y de las cosas. Por otra parte, la obra procedía de todos, salía de las entrañas mismas de la humanidad, porque la obra inmortal, desafiaba los siglos, nacía de la multitud, resumía una época y una civilización. Y siempre florecía el arte por el pueblo, para embellecerlo, para darle el perfume y el esplendor tan necesarios á su existencia, como el pan de cada día.»

¡Qué estrechamiento formidable el de su caída! Pareció, que aquel mundo siniestro preñado de crímenes, que él había maldecido en toda su obra, exhalara su primer grito de agonía!

Pasó por el mundo un soplo de desesperación, al saber que había acabado de vibrar aquel cerebro potente, que había dejado de latir aquel corazón de apóstol.

¡Oh qué hachazo más formidable y más trágico el de la Fatalidad, al echar abajo el roble mas vigoroso y mas alto de la selva del Pensamiento!

Ah no! Nos cuesta mucho aún creer que el Maestro ha muerto!

¡Porqué era joven aún; vivía en la plenitud de su vigor intelectual, como un lumínar que hallándose en el apogeo de su refulgencia lanzara sus claridades mas sorprendentes y mas engeguedoras y regalara, pródigo de luz, al atónito mundo, una resplandeciente y fabulosa lluvia de alboradas!

Era como una encina sana y corpulenta, pletórica de fuerte savia, que cobijaba, amorosa, bajo su frondosa copa los estremecimientos todos del alma del Universo. Era como un gigantesco atleta que, en el ardor del combate, sereno y sonriente, se erguía, en medio del fragor de la batalla, rodeado con la esplendorosa aureola de un dios de vida y de fuerza. Era un bello y magestuoso triunfador, que dominaba, soberano señor del

entendimiento, desde la inaccesible altura de su grandeza olímpica...

* *

¡Que cúmulo de cosas inexplicables; que misterioso agolpamiento de circunstancias trágicas, desesperadoras, sacrílegas, empujaron á la fatalidad, para que sofocara con el espeso manto de tinieblas de la muerte, aquella vida exhuberante?

¿Es posible, hermanos míos, que no nos podamos rebelar contra la ignominiosa muerte, esa ciega bárbara y cañuda, lanzada á escape por ese mundo invisible, siniestramente oscuro, que se cierne amenazador sobre la vida? ¿Es posible que no nos podamos rebelar contra esa fiera bruja que nos acosa, feroz y callada, por todas partes; que detiene, con el fulminante rayo de su inmaterial potencia nuestra marcha alegre en los caminos llenos de sol de los días de primavera, que corta las carcajadas de alegría viril en los pechos adolescentes, que dobla, en medio de la lucha, el erguido cuello de los hombres que oponen con altivez su frente genial á la ignorancia y al error?

Jamás hemos protestado contra la muerte! Que venga enhorabuena, como diosa «necesaria, buena obrera de la eterna vida», cuando el cuerpo achacoso del anciano, cuando el temblor enfermizo de las carnes valetudinarias, reclaman, como con un sollozo, su obra benéfica, á fin de que lleve á la cabeza que cumplió su misión, á la lívida cabeza estrujada dentro del puño inelmente del dolor, á descansar de una vez en la almohada de sombras de la Nada... Buena es la muerte cuando el hombre cumplió su obra de padre, de autor, de ser social... cuando espera su fin sonriente, sentado frente al Sol, rodeado por los suyos dicho de haber cumplido su misión en la tierra, dejando su herencia de vida en los hijos, su herencia de pensamiento en la obra que aportará un poco de bienestar un poco de luz, un poco de libertad para los que se quedan...

Entonces, no protestamos contra la muerte. Que venga y nos bese en la frente, como buena y consoladora amiga con la que se va á viajar por desconocidos senderos; como cariñosa madre aliviadora de penas.

Pero cuando traidora, agazapada en las tinieblas de lo imprevisto, se lanza, rápida y artera, y acuchilla por las espaldas... ah! entonces sí, gritamos indignados, furiosos, impotentes: Maldita seas, muerte!...

¡Ah sí, maldita seas, muerte, cuando como loba hambrienta y sanguinaria, te escondes en las encreujadas llenas de flores de la juventud, para esperar emboscada, el paso de los viajeros que pasan cantando! Maldita mil veces seas,

cuando te precipitas, falaz y silenciosa, clavas tus dientes de fiera en las frentes formidables como la del Maestro, sobre la cual batían las alas blancas é inmensas del Genio...

* *

Nosotros siempre habíamos pensado en la muerte del viril Maestro. Pero ¡cuán diferente era la muerte que nosotros concebíamos de la que, la realidad feroz nos hizo ver!

El hubiera debido morir en el sillón patriarcal del evangélico Lucas, ante la blanca ciudad de su ensueño, en medio de la solemne paz de un ocaso de gloria...

Ah! Pero porqué esa bruja feroz, la abominable muerte, no fué á escarbarle las entrañas á alguno de esos viejos monarcas, podridos símbolos de la aborrecida Autoridad, que está oprimiendo á los pueblos con el peso nefando de su despotismo?

Será porqué esos anaerónismos de carne y hueso, esas inmundas carroñas embalsamadas por la ignorancia que los eleva á la idolatría, hoy caen bajo el puñal de los justicieros?...

Pero, de cualquier modo, porqué, odiosa y maldecida muerte, porqué has ido á morder el talón de este soberano Aquiles del pensamiento?...

* *

Resignémonos. El Maestro ha muerto!...

* *

El Maestro ha muerto!... Pero hay alguien que se ríe... Una bandada de buhos agoreros, grazna regocijada entre los polvorientos escombros de las iglesias desquiciadas...

¡Ah! Pero yo la veo, en una evocación colérica, á esta banda lúgubre, perderse espantada en el incendiado horizonte del gran Día.—el día que divisó en su profética vision el Maestro,—mientras un ángel grande y blanco, con las inmensas alas desplegadas, surgirá, nimbado de gloria, en el medio del mundo, haciendo relumbrar, á la enceguedora luz del mediodía, la sacrosanta hostia de la Verdad.

EDMUNDO BIANCHI.

Discurso

PRONUNCIADO POR PERFECTO B. LÓPEZ

Compañeras y compañeros—Una ley natural é ineludible, arranca de la vida, en momentos que la humanidad entera esperaba aún mucho de su sano y vigoroso talento, á su más ardiente defensor: Emilio Zola.

El cantor inimitable de la naturaleza, el brochador soberbio de la vida, el que, en medio al vocerío infernal de la turba fanatizada por un patriotismo humillante y vergonzoso, supo erguirse severo, con pujanza de atleta, con fibra de hierro, ante la Francia entera, ha muerto; habiendo cumplido antes con su misión de hombre, rindiendo el poderoso tributo de su inteligencia, en bien de los que sufren, de los que eternamente lloran, encorvando las espaldas á todas las humillaciones y miserias de una sociedad caduca, tambaleante, edificada sobre el lodo de todas las ruindades y bajezas, de todos los vicios y desigualdades que el trascurso de los siglos ha ido acumulando lentamente.

Zola, el cruzado de la vida y de la libertad, el apóstol de las ideas buenas y generosas, no solo fué un insuperable estilista, sino también un revolucionario en el más amplio concepto de ésta palabra. Desde la publicación de «Los Misterios de Marsella» y «Cuentos á Ninón», entre el sedimento de la escuela sentimental de su época, dejó entrever una nueva escuela, vigorizando la tendencia seguida por Balzac, Daudet, los Goncourt, Mad-Staël, Stendhal, Flaubert, Maupassant, iniciadores de la escuela experimental, dando mayor colorido á la escuela naturalista que levantó en la conciencia de los rutinarios de toda una época de más de cuarenta años, una viva voz de protesta, contra el genio victorioso que triunfaba, valiente, mostrando de la humanidad sus errores, sus vicios, virtudes y decadencia.

Con la piqueta del destructor y la paleta del artista soberano que daba colorido á las escenas y á los actos más sencillos de la vida, nos pintó en los Rougon Macquart,—el monumento poderoso de su talento,—la sociedad francesa, que es la sociedad actual, esencialmente corrompida, descarriada de la senda de todos los principios nobles, altruistas y sanos.

Obrero intelectual, deja como testimonio de su vida de lucha, ese monumento eterno de sus obras, que perdurarán en el porvenir, como á través de las épocas, han perdurado incommovibles, esos monumentos gigantescos que, mudos, desafidores, se levantan en las caldeadas llanuras del Egipto con la severidad de la piedra, recordando una civilización muerta, que pierde sus orígenes en la inmensidad oscura de los tiempos que fueron.

Vivirán las obras del artista, del autor de «La Obra»—supremo arabesco de una imaginación delicada — porque ellas son humanas y representan la historia de la humanidad, en una de las etapas hácia la conquista de la felicidad y alegrías futuras y porque ellas son las más alta expresión del arte y de la verdad, la constelación brillante que marcará rumbos ciertos á las generaciones desorientadas entre

el farrago de libros de todas las épocas pretéritas.

Cual Némesis vengador, desde las olímpicas cumbres de su poderío intelectual, arrojó con fuerza—á la manera de rayos de fuego que ciegan y deslumbran—todo ese poema de luz de sus obras, disipando la recia y tupida oscuridad que ocultaba las miserias del proletariado, su exodo de la vida, sus sufrimientos, y que tanto debía asustar á la buena burguesía que en medio de sus felices digestiones, vieron descubiertos sus horrores, ese mundo de bajezas donde reinan como buitres soberanos en el festín de miserias de la vida.

Si descubrió las repugnantes laeras que la sociedad cubre con un mosaico abigarrado de lujos y esplendores, si fustigó con dureza á la sociedad actual, poniendo ante nuestros ojos las escenas más bajas de la degeneración humana, no lo hizo como una ostentación de audacia para cosechar el aplauso de los que, en la vida, son parásitos molestos, sino con fines altamente humanitarios, con el objeto de robustecer el organismo social depurándolo de todos sus vicios y aberraciones.

Porqué en su cerebro—luminar soberano—existía un mundo de ideas buenas que se agitaban en un herbor continuo, de paz, de concordia, de amor, de libertad y de fraternidad universales, es que en sus pinturas retrata fielmente las cosas y en su libro campea la verdad más pura, chispeante, provocadora.

Y es la verdad su línea de combate y es la realidad la que le hace agitar con energía, el rojo pabellón de las vindicaciones obreras, de esa inmensa cohorte que en su vida de estudio ha pasado ante sus ojos de observador, con el estigma degenerador del trabajo impresa en sus frentes arrugadas por las fatigas y los dolores.

En las leyes, en el capital y la justicia mandataria, encuentra el germen corruptor de la sociedad y vá contra ellos, seguro de la victoria, con un gesto de desprecio en los labios hácia aquellos sus contrincantes perversos, buscando el estado libre para el hombre libre.

Como obrero del pensamiento comprendió que mientras exista una sociedad donde impere la desigualdad económica, no puede existir felicidad, y luchó con voluntad de hierro, para que, los más oprimidos, se levantaran sobre los escombros del mundo, soberbios, como iguales, como hombres.

Bajo la suprema aspiración de este bien es que escribió su inmortal obra, «Germinal», mostrando en sus páginas de sangre y dolor, las miserias, las penurias y la explotación humillante y sublevadora á que está condenada una clase numerosa de la Francia contemporánea; la clase minera que, en las entrañas de la tierra, envuelta en la fría y húmeda oscuridad de la muer-

te, arrastra la vida como un pesado grillete de maldiciones é infamias. Clase esta que ve el sol, la claridad del día, que respira el aire purificador de la sangre, cuando el trabajo embrutecedor é innoble á quien ha dado las fuerzas de su vida, lo arroja como un pingajo de carne inútil en un rincón obscuro y miserable.

Y esta sinceridad de Zola, descubriendo la vida como la vió, insitando á la reveldia á las masas, dejó definida claramente su individualidad que no pudieron quebrantar las difamaciones solapadas de sus detractores, que vieron en Zola al espíritu nuevo, noblemente fecundo, sano y vigoroso, que hecharía por tierra la carcoma inservible del talento meticuloso y alambicado.

Obrero del talento no fué admitido en la aristarquía de la Academia Francesa, aún cuando con su lucha, había escalado el más escarpado picacho de la gloria que la humanidad reserva solamente al genio luminoso y soberano.

Su delito fué ver en la clase obrera del mundo á seres que necesitaban vivir la vida en todas sus más grandes manifestaciones y en que, la plétora de su inteligencia, le hizo combatir la presente sociedad en sus basamentos principales, conservando siempre el vigor del talento, sin sufrir la rápida degeneración del genio que busca fuera de la vida argumento y perspectivas nuevas para sus obras.

A mí se me figura que, como suprema apoteosis á una vida de lucha, la inmensa falange de doloridos, lastimados y hambrientos de la vida, en el futuro, pasara ante las obras de Zola alegre, envuelta en los pliegues de las banderas rojas, entonando el cántico sublime de la libertad, la igualdad y fraternidad, rindiendo así justo tributo al cruzado de la verdad, al talento puesto al servicio del bien y de la justicia.

Es el mejor tributo que puede recibir el talento creador que ha dado á la vida y á la sociedad de su tiempo, todo lo que era dable; enseñanzas maestras y rumbos alegres, elevados y sanos.

Concluyo, compañeros y amigos míos: que este acto que hoy se celebra, deje en el ánimo de todos un recuerdo imperecedero del grande autor humano y sea la palanca omnipotente que mueva los corazones al bien y á la lucha por el futuro ideal de redención y libertad humana.

He dicho.

A Emilio Zola

I

Alma tola verdad, tú descargaste golpes de luz contra la noche densa del romántico ideal, que sepultaste en el orgullo de tu aurora inmensa;

cerebro todo sol, tú desde el foro llenaste con tu voz el teatro mismo, y tu protesta resonó entre el coro como una campanada del abismo; corazón todo ardor, nunca el paciente carácter fuiste que su senda labra, siempre hiciste estallar súbitamente la máquina infernal de tu palabra; alma, cerebro, corazón, tú cuando Víctor Hugo perdióse entre lo obscuro, llegaste como un águila volando sobre los huracanes del futuro...

Apóstol de verdad, tú no has querido callar, aunque los bravos aquilones amenazaran arrancar tu nido, y tras de los siniestros episodios de la traición de Dreyfus has surgido como un fénix de amor sobre los odios... Ya la voz de tu musa visionaria que entre las sombras trágicas descuella, la inocencia es una isla solitaria y tu alma una ola alrededor de ella! Impulsa tu bajel: el mar es ancho... Clava como una lanza tu querrela en las aspas del mar aunque rebote... ¡Esos que te atacaron como á Sancho te quisieran befar como á Quijote!

II

¿No sientes los calores fecundantes de «La Tierra» en que el surco forma lecho para que caigan los derechos de antes y comience á crecer otro derecho?... Oye la voz intrépida del tajo conquistadora del futuro aliento, de esas generaciones de «Trabajo» grandes, á pleno sol y á todo viento! ¿Y no trasciendes el horror que apesta por las fétidas bocas de las minas, en donde en vano la viril protesta se alza como la cruz sobre las ruinas?... Es «Germinal», Tinieblas apretadas e n que el glorioso porvenir se encierra, de esas generaciones encorvadas que nacen y que mueren bajo tierra! ¿No oyes tronar la carcajada impía de la turba, cercada de placeres? Es «Naná». Los placeres de la orgía ocultando entre vicios y mujeres la más abominable tiranía...

Ve morir á la pobre cortesana como despojo de gastada gloria; mientras sueña en Berlín la turba insana que se afana en lograr una victoria y no en lograr una virtud se afana! Y «La Debácle» fué. Y en la porfía el águila imperial rodó al abismo; resuena aun el grito de agonía que dió el asolador militarismo!

¿No miras desfilar la burguesía, el pueblo embrutecido y resignado, de las bajas pasiones el enjambre, las sierpes teatadoras del pecado y las jaurías ladradoras de hambre?...

Solo se alza una fe. La fe que vuela desde «Lourdes» á «Roma» y desde «Roma» torna á «Paris» con insaciable empeño: esa es la fe que redención anhela, es la protesta que venganza toma, es la bandera del futuro ensueño! Tu has penetrado, á golpes de conquista, á sangre y fuego en la conciencia humana, donde hierven las luchas del mañana, germinando la aurora socialista entre la corrupción republicana.

Y por eso ante el verbo prepotente con que azotas la envidia y la ignorancia, los pueblos de este nuevo continente, que para siempre ensalzara tu nombre, absortos al fulgor de tu arrogancia, te saludan á tí. Francia hecha hombre, hombre que salvas el honor de Francia.

Y es vano que pasees la mirada buscando á tu redor alguna cumbre; sombra abajo verás, arriba nada... Hierve á tus pies rugiente muchedumbre! Clava el rayo de sol de tu locura en las profundidades del abismo, y ya no sueñes en mayor altura, porque la única cumbre eres tú mismo!...

JOSÉ S. CHOCANO.

Emilio Zola

IMPRESIONES

Fué un compañero. Su acción eminentemente explosiva, retumbó en el pudridero social, con sonoridades extruendosas de almacén de pólvora que estalla...

Fué un Mont-Peléé en el orden institucional burgués.

Burlóse — con la suprema espiritualidad — parisiense — de la tilingüería — ambiente, confesándose revolucionario contempativo. — ¡Oh Greco del sarcasmo!... — Si hay obras que — en el sentir de Ghirardo — equivalen á un regicidio, Zola fué el compendiador único de la venganza plebeya. Su anarquismo destructor y militante es axiomático.

Su iconoclasticismo dinamitero echó á los cielos á los fetiques del cafrerismo imperante. Y se explica: Zola fué ateo, chapado á la usanza micheletiana: jamás precipitó al arroyo sus convicciones por importunas...

Las divinidades del supersticionismo burgués — invertidamente ecléctico — en su rabiosa impotencia provocáronle un amotinamiento de furros irreflexivos. Y quien con legítima insolencia trató de «tú» al abusionismo elevado á César, se encasquetó el sombrero y paseó la serenidad augusta de su virilidad por entre la muchedumbre de pasiones agresivas...

¡Fué un arrojito de Blondín, atravesando — en la maroma de una conciencia sólida — el Niágara de la lucha viril y honesta...!

Nadie como Zola pudo repetirse la pregunta del personaje fabuloso: «¿que es el miedo?»... Que no lo conocía nos lo enseña Dreyfus...

Tan gigante era el peregrino de la religion del futuro que ni aun encaramados en zancos inverosímiles pudieron sus adversarios mirarle cara á cara!

¡Siempre la cobardía se prosternó ante el hombre...!

¡El polvo ha sido hecho para honrado por los pies!...

La obra de Zola huye al minúsculo exámen de un número de programa.

Filósofo del arte, participando del positivismo estético de Guyau, Proudon, Taine, Spencer, Kropotkin, Nordau, Grave, Unamuno, Pi y Margall, etc., no hizo frases líri-

cas: creó ideas; preocupóse más de la verdad que del vocablo.

El campo de las emociones artísticas fué una palestra donde libró luchas épicas contra los ideales é instituciones dominantes, pues no poseen en su abono mayor razon de existir que la de su antigüedad. El arte conspirando a un fin social tuvo en él á su más formidable conjurado...

Llevando al vasto escenario de sus novelas á las multitudes tumultuarias, convulsionadas por estremecimientos de lo porvenir, propendió al amplio desenvolvimiento de este período transitorio — puente de tiempo que vincula dos perdurabilidades: ayer de penumbras, mañana de luces...

El arte para realizar su ministerio ha de ser revolucionario: barrenador del imperio de lo viejo. Y este supremo concepto científico del arte, tenía en Zola un mantenedor pujante.

Y precisamente por que era revolucionario, desaprisionado de raquílicas intenciones y contemporizaciones bastardas, y porque sintió y exteriorizó las ansias gigantes de vida nueva que zangolotean el corazón del pueblo, trazó huella profunda en el pensar contemporáneo. El «porqué» resplandece como nieve luminosa: solo en la grande alma colectiva — como en una fuente juventud — es posible beber estéticas robusteces — pese al «narcisismo literario» de los propulsores del arte por el arte...

La labor zoliana, lujuriosa de clarores, preñada de despertares, es obra nuestra...

¡Lástima de muerte que sepultó con su cuerpo una desmoronacion en visperas! Fuerza es que nosotros la exhumemos...!

De Zola los anarquistas somos sus herederos únicos.

Y sinó: hay andan sus hijos intelectuales ostentando la sangre bravía de su estirpe libertaria...

JOSÉ E. PEYROT.

Emilio Zola

Zola ha muerto. Pero bien podemos añadir: de Zola puede desaparecer el cuerpo, la llama luminosa de su cerebro esparcida en la monumental columna de sus setenta obras que representan las fealdades de un mundo viejo y las bellezas de un mundo nuevo; los vicios atávicos de una raza entera y degenerada y las virtudes de una humanidad sana y por consecuencia feliz; los crímenes de una sociedad tiranicida y las armoniosas templanzas de un pueblo libre, eso no desaparecerá; es inmortal. Es más; si fuera posible que unos nuevos cruzados destruyeran la obra literaria de Zola como los antiguos lo hicieron con los manuscritos de Aristóteles, quedaria lo más grande, lo más hermoso, lo más sublime que hay en su personalidad: su altruismo.

No tengo la pretension de hacer su bio-

grafía; mi pluma es demasiado pequeña para delinear una figura tan grande. No me mueve tampoco el deseo de hablar de su obra literaria tan discutida; ante su tumba, mi homenaje, más que al gran artista, se dirige al hombre generoso que puso su popularidad, intereses y bienestar en defensa de la verdad y de la justicia.

La estupidez de un pueblo tenido por el cerebro de Europa; la brutalidad de una masa considerada como la más ilustrada de todas las razas, nos hicieron conocer al Zola hombre, al Zola justiciero, al Zola altruista. En sus obras pudimos algunas veces sentirnos molestos por las descripciones detalladas de las fealdades que desgraciadamente existen en la humanidad, pudimos apartar con disgusto los ojos de un libro que levantaba el velo que encubre una pudibundez hipócrita, pudimos desear que no se nos dijera la verdad, puesto que ella descubría encarnaciones fatales de la depravación y el vicio. Sin embargo, el ejemplo que en «l'affaire» Dreyfus dio Zola de desinterés, entereza y energía nos probó que podía el literato decir la verdad escueta, presentar el mundo tal cual es, y no como desearíamos fuera, estereotipar las figuras humanas con sus desequilibrios, sus abscesos morbosos y sus interioridades histéricas, puesto que él como hombre y como literato, después de no haber recogido la herencia psicológica que nos legan las generaciones pasadas, supo poner su pecho ante la feroz bestia humana para defender la inocencia vilipendiada arrojando impasible las injurias, las calumnias, las canalladas de una turba fanática que en su odio inconcebible llegó á escupir su rostro, á querer enlodar su nombre sin mancha, á pedir su cabeza, y supo, además, crear y dar forma á una nueva moral, á un nuevo ambiente intelectual, vislumbrando en lontananza una orientación social que conducirá á las humanidades á su dicha, á su libertad.

* * *

En Zola, como en Tolstoi, como en Darwin y tantos otros ingenios de fama universal, es digno de observación un fenómeno curioso que conviene hacer resaltar para darnos la pauta de lo que es y para lo que sirve la ilustración oficial que se recibe en las Universidades con sus programas y sus reglamentos, sus matriculas y sus exámenes.

Los talentos, lo que podemos llamar los verdaderos talentos no pueden sujetarse á la enseñanza reglamentada; necesitan para desenvolverse tener la libertad de escoger este ó aquel tema, esta ó aquella orientación, esta ó aquella facultad. Así vemos á un Tolstoi tener que abandonar la Universidad por no poder sujetarse á los moldes estrechos de la enseñanza oficial; á un Darwin no poder estudiar bajo la férula de los profesores universitarios la Geolo-

gia, la Zoología ni la Botánica, y sin embargo, resultar después el más grande de los maestros en las mismas facultades en que no pudo acostumbrarse á estudiar reglamentariamente; á un Zola, salir airoso en los exámenes con notas brillantes en todas las asignaturas excepto ¡oh, sarcasmo! en la de Literatura, que se le calificó de «nulo».

No en vano dijo Bovio que el pensamiento es anárquico.

La enseñanza oficial, reglamentada, no sirve para los verdaderos talentos, para los hombres que llevan un mundo en su cerebro. Las auras fecundizantes de la libre iniciativa, de la elección individual, son las únicas que desarrollan los cerebros y dan fuerza y vigor á las concepciones. Por eso Zola, huyendo de la Universidad que era para él la túnica de Nexos, y absorbiendo ampliamente los aires puros de lo que en la ciudad significa «la montaña», pudo levantar la colosal obra de los «Rougon-Macquart» y con ella lanzar al rostro de la burguesía, triunfante todo el fango de que se compone con las concupiscencias, las borracheras, los extremecimientos impúdicos de la hetaría de la civilización; pudo, libre de trabas y sojuzgamientos, pintar los horrores de la miseria, los antros del vicio, el siniestro pánico de un ejército que huye ante la fuerza del número, sacrificado á la aberración patriótica de los que aguardan los desastres ó las victorias desde sus confortables palacios. Convirtiendo entonces su pluma en un bisturi y su estudio en una sala de anatomía, registró las entrañas de la sociedad, estudió en sus visceras los problemas morbosos y se interesó en aplicar el remedio.

Sujestionado cada día más por las bellezas que contienen los ideales modernos, se puso á su servicio en contra de la reacción clerical y militarista que amenazaba arrollar la Francia en lo que tiene de grande, en lo que tiene de inmortal. Luchó bravamente, como sólo luchan los titanes, cara á cara y frente á frente, despreciando su propio bienestar para alcanzar la gloria de que al menos triunfase la equidad y la justicia. Venció, aunque en la lucha dejara jirones de su tranquilidad y de su salud.

Supo odiar cuanto hay digno de odio; supo, sin embargo, amar inmensamente á la humanidad y al débil de fuerzas físicas y morales dando su mano al caído: fue un ser completo.

*.

Jamás hombre alguno fué tan discutido. La crítica hincó el diente hasta en su personalidad íntima. Para insultarle se inventaron términos que el decoro no ha permitido se escribieran en los diccionarios; se publicaron caricaturas difamadoras, se escribieron artículos desvergonzados por los mismos que hablaban en

nombre del pudor, por los que tienen como sagrados y divinos «El cantar de los cantares», por los sodomitas que se deleitan leyendo la literatura viscosa aretinesca del escritor toscano.

Se calificó su obra literaria de soez, de inmoral; sin embargo, los libros de Zola no son capaces de pervertir á nadie. Lo que se logra con ellos es hacer aborrecible el crimen y el vicio. Nadie que haya leído «Teresa Raquin» querrá parecerse á ella.

¿Quién como Zola ha ensalzado el trabajo, ha defendido la justicia, ha proclamado la verdad? Si empezó atacando la sociedad en sus costumbres, en sus hábitos, haciendo obra destructora, concluyó edificando en la Crechérie un esbozo más ó menos perfecto de lo que puede hacerse en la sociedad del porvenir.

Aún hoy sus implacables enemigos, los envidiosos de la abeja laboriosa que persiguió á los zánganos, graznan como cuervos alrededor de su cadáver. Ni muerto perdonan al que por su grandeza como hombre y por su talento como literato hubo de empuñarlos á todos.

Las multitudes, esas multitudes que Zola pintó incomparablemente cuando rugen y cuando deliran, esas multitudes que con el mismo entusiasmo ciñen la corona en unas sienes que entregan una vida al verdugo, después de haber escupido á Zola de haberle apedreado, de haberle acosado como el jabaíl acosa á la ciervatilla por el monte, hoy, en el entierro del gran maestro han devuelto la fama á Francia puesta en litigio desde el proceso Dreyfus y han demostrado que esa Francia, cuna de tantos genios y germen de muchas libertades, continúa siendo digna de que se la proclame el cerebro de Europa y de que pueda confiarse en ella para la resolución de los problemas del porvenir.

Ha muerto ¡oh, pueblo!, el cantor de tus dolores, de tus miserias, de tus rebeldías; ha muerto el autor de «Germinal»; no llores por ello. Estudia, trabaja con fe y constancia y lo verás renacer como el ave Fénix de sus cenizas para mostrarte como meta final de las humanidades como realización suprema del porvenir esos tres emblemas sacrosantos, vilipendiados ó desconocidos por los más en la actualidad: Trabajo, Verdad, Justicia!

SOLEDAD GUSTAVO.

Nuestro adiós al Maestro

Camaradas:

Se ha extinguido el más severo é inquieto de los genios. Las basílicas de la in-

famia secular voltean sus lenguas de bronce, alborozadas. El sañudo hachador de frondas parasitarias de la vasta selva social; el implacable demoleedor de viejos dogmas; el apocalíptico desencadenador de un huracán de formidables anhelos, cuyas ráfagas incendiadas segarán muchas cabezas de magestades imbéciles; el admirable constructor de un portentoso palacio de quimérica arquitectura; el profeta que adivinó en la línea del horizonte una visión de suprema armonía; ese astro, en fin, de magnitud no igualada, se ha desplomado envuelto en la régia púrpura de su ocaso régio, dejándonos en nuestra larga peregrinación milenaria con las pupilas llenas de la visión del Futuro!

Camaradas:

Estos trazos que vosotros habéis oído con elocuente silencio, son esbozados por la mano inexperta del más oscuro de los veteranos del indisciplinado ejército moderno, y llevan en lo más hondo de su inmaterial estructura un respetuoso adiós para el Maestro.

LEOPOLDO DURÁN.

Apología (1)

Llamado por los amigos de Emilio Zola para hablar sobre esta tumba, llevaré al mismo tiempo el homenaje de su dolor y de respecto hacia quien, durante cuarenta años, fué la compañera de su vida, que compartió con él los días de celebridad, le aligeró de las fatigas y le sostuvo con su infatigable afección en las horas más agitadas y crueles.

Señores: rindiendo á Zola, en nombre de sus amigos, los honores que le son debidos, ocultaré mi dolor y el suyo. ¡No es con quejas y lamentaciones como se glorifica á los hombres que dejan un gran recuerdo, sino con varoniles elogios y por la sincera imagen de sus obras.

La obra literaria de Zola es inmensa.

Acabáis de oír cómo el presidente de la «Société des gens des Lettres», con excelente frase, os incitaba á la admiración. Habéis oído como el ministro de Instrucción Pública desenvolvía elocuentemente el sentido intelectual y moral. Permitid que á mi vez la exponga á la consideración delante de vosotros.

Señores: desde que veíamos cómo se levantaba la obra, piedra sobre piedra, medíamos también su grandeza sorprendidos.

(1) Discurso que el eminente literato francés Anatole France, pronunció ante el cadáver de Zola.

Unos admiraban, otros se extrañaban, al mismo tiempo que se elogiaba y atacaba. Ataques y elogios se manifestaban con igual violencia. Se hacían al poderoso escritor (hablo por experiencia propia) reproches sinceros y al mismo tiempo injustos. Las invectivas y las apologías andaban mezcladas.

Y la obra iba engrandeciéndose todos los días.

Ahora que se descubre por completo su forma colosal, puede reconocerse también el espíritu que la anima. Es un espíritu bondadoso. Zola era bueno. Tenía el candor y la simplicidad de las almas grandes. Era profundamente moral y ha pintado el vicio con mano ruda y virtuosa. Su aparente pesimismo, un humor sombrío extendido en algunas de sus páginas, ocultan malamente su optimismo real, una fe obstinada en el progreso de la inteligencia y de la justicia. En sus novelas, que son estudios sociales, ha perseguido con saña rigurosa á la sociedad frívola, ociosa, á la aristocracia baja; combatió el mal del tiempo: el poder del dinero. Demócrata, no aduló nunca al pueblo, y se esforzó en mostrarle la servidumbre de la ignorancia, los peligros del alcohol, que le entrega imbécil y sin defensa á todas las opresiones, á todas las miserias, á todas las vergüenzas; combatió el mal social donde lo encontró. Estos fueron sus odios. En sus últimos libros exteriorizó por completo su amor ferviente á la Humanidad. Se esforzó en adivinar y prever una sociedad mejor.

Quiso que en la tierra fuesen llamados sin cesar á la felicidad el mayor número de hombres. Esperaba en el pensamiento y en la ciencia. Creía que la fuerza nueva la máquina, lograría la liberación progresiva de la Humanidad.

Realista sincero, era sin embargo un ardiente idealista. Su obra solo es comparable por la grandeza á la de Tolstoi. Son dos grandes ciudades ideales levantadas por la Lira en las dos extremidades del pensamiento europeo. Las dos son generosas y pacíficas; pero la de Tolstoi es la ciudad de la resignación y la de Zola la ciudad del trabajo.

Joven aún, Zola había conquistado la gloria. Tranquilo y célebre, gozaba del fruto de su trabajo, cuando de golpe, él mismo, abandonó su reposo, el trabajo que amaba y los goces apacibles de la vida. Sobre un féretro sólo hay que pronunciar frases graves y serenas y dar muestra de calma y de armonía; pero ya sabéis, señores, que no hay calma y armonía más que en la justicia y reposo en la verdad. Yo no me refiero á la verdad filosófica, objeto de nuestras eternas disputas, sino de esta verdad moral que nosotros podemos buscar porque es relativa, sensible, conforme á nuestra naturaleza y tan cerca de nosotros que hasta un niño puede tocarla

con la mano. Yo no traicionaré la justicia que me ordena alabar lo que es digno de alabanza; no esconderé la verdad dentro de un silencio cobarde. ¿Y por qué callarnos? ¿Acaso se callan ellos sus calumniadores? No diré más que lo que es necesario decir, pero diré todo lo que debe decirse.

Debiendo recordar la lucha emprendida por Zola en pro de la justicia y de la verdad, no es posible guardar silencio sobre esos hombres que buscan con encarnizamiento la ruina de un inocente y que, sintiéndose perdidos si éste se salvaba, le atormentaban con la audacia desesperada del miedo. ¿Cómo es posible descartarlos desde el momento en que debo presentaros á Zola levantándose débil y desarmado contra ellos? ¿Puedo callar sus mentiras? Sería callar su rectitud heroica. ¿Puedo callar las calumnias y los ultrajes con que le han perseguido? Sería callarme su recompensa y sus honores. ¿Puedo callar sus crímenes? Sería callar su virtud. ¿Puedo callar su vergüenza? Sería callar su gloria. No, yo hablaré. Con la calma y la firmeza que da el espectáculo de la muerte, recordaré los días oscuros en que el egoísmo y el miedo habían sido los consejeros del Gobierno. La iniquidad empezaba á ser conocida, pero estaba sostenida y defendida por tales fuerzas públicas y secretas, que los más firmes dudaban. Los mejores, que nada temían contra ellos, creían llevar á su partido males irreparables. La multitud popular, excitada por monstruosas mentiras y excitada por odiosas declamaciones, estaba exasperada creyéndose víctima de la traición. Las tinieblas y el silencio más siniestro reinaban por completo. En aquel momento Zola escribió al presidente de la República su carta mesurada y terrible que denunciaba las falsedades y los prevenciones. Todos sabéis el furor que despertó en los criminales, sus defensores interesados, sus cómplices voluntarios, en los partidos coligados de todas las reacciones y en la muchedumbre engañada, dándose el caso de que almas cándidas é inocentes se unieron, con santa simplicidad, al odioso cortejo de perseguidores.

Recordaréis aún los aullidos rabiosos y los gritos de muerte con que fué perseguido en el Palacio de Justicia, durante este largo proceso juzgado dentro la ignorancia voluntaria de la causa, sobre relatos de testigos falsos y entre el ruido producido por el choque de las espadas. Veo aquí presentes algunos que estuvieron en aquel periodo á su lado y compartieron con él los peligros, ¡que digan si jamás se amontonaron tantos ultrajes sobre un justo! ¡Que digan también con que firmeza los soportó! ¡Que digan si su bondad robusta, su piedad masculina y su dolor se desmintieron ni una vez y si su constancia desfalleció jamás! En estos días infames más

de un buen ciudadano desesperó de la salud de la patria y de la fortuna moral de Francia. No eran los republicanos defensores del régimen actual los únicos aterrados; hasta uno de los socialistas más enemigos de este régimen, dijo con amargura: «Si esta sociedad está corrompida hasta este punto, sus escombros inmundos no podrán servir de fundamento á una sociedad nueva.» *Justicia, honor, pensamiento*, todo parecía perdido.

Sin embargo, todo estaba salvado. Zola no solamente había revelado un error judicial, sino que había hecho la denuncia de una conjuración de todas las fuerzas de violencia y de opresión unidas para matar en Francia la justicia social, la idea republicana y la libertad del pensamiento; su valiente palabra había despertado la Francia. Las consecuencias de su acto son incalculables y se desarrollan actualmente con una fuerza y una magestad poderosas; se extienden indefinidamente y han determinado un movimiento de equidad social que no parará, y del cual sale un nuevo orden de cosas fundado en una justicia mejor y en un conocimiento más profundo de los derechos de todos.

Señores: no hay más que un país en el mundo en que puedan realizarse cosas tan

grandes (1). ¡Qué admirable es el genio de nuestra patria, qué hermosa esta alma francesa que en los siglos pasados enseñó el derecho á la Europa y al mundo! Francia es el país de la razón orlada de pensamientos bienhechores, la tierra de los magistrados equitativos y de los filósofos humanos, la patria de Turgot, de Montesquieu, de Voltaire y de Malesherbes. Zola es un benemérito de la patria por no haber desesperado de alcanzar la justicia en Francia.

No lamentemos que haya sufrido y luchado: envidiémosle. Levantado sobre el más prodigioso montón de ultrajes que la tontería, la ignorancia y la maldad hayan elevado jamás, su gloria alcanza una altura inaccesible: envidiémosle. Ha honrado á su patria y al mundo entero por medio de una obra inmensa y de un gran acto: envidiémosle. Su destino y su corazón le proporcionaron la mayor fortuna: fué un momento la conciencia humana.

ANATOLE FRANCE.

(1) En gracia á la hermosa obra del espíritu francés que se ha exteriorizado en todo el mundo haciendo surgir de la humanidad el sentimiento de lo heroico y generoso, aunque mezclado de una vanidad patriótica algo peligrosa, podemos tolerar ese orgullo de raza y de pueblo que se observa en casi todos los franceses por eminentes que sean.—N. de la R.